

Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo I

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia/Elede

1947

366 p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 2)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 3 de septiembre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz01.html>

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

CAPÍTULO XIV

SEGUNDO SITIO DE OAXACA

Del 1º de febrero al 11 de mayo de 1860

Después de la acción de Mitla, seguí el camino de la sierra, para incorporarme con la columna procedente de Ixtlán, que debía esperarme en Tlacolula, y que sin duda había suspendido su marcha porque Tlacolula había sido ocupada por José María Cobos. Al día siguiente, el 23 de enero de 1860, incorporado Marcelino a José Cobos, no esperaron a que el gobernador don José María Díaz Ordaz bajara a batirlos al valle, sino que ellos fueron a batirlo al pie de la sierra, y tuvo lugar la acción en Santo Domingo del Valle, en que Cobos fué completamente derrotado, y mortalmente herido Díaz Ordaz, falleciendo al día siguiente. Quedaron en poder de Díaz Ordaz tres cañones de batalla, de Cobos, y tres de montaña.

Don Marcos Pérez, que era presidente del Tribunal quedó como gobernador interino y el coronel Salinas con el mando de la fuerza. Salinas que era hombre de valor aunque de pocos conocimientos, marchó de Santo Domingo del Valle por el pie de la sierra y fuera de camino, hasta Tlalixtac, en donde yo me incorporé a su fuerza, avergonzado de mi derrota, tres días después de ésta.

A los muy pocos días de su derrota en Santo Domingo del Valle, el enemigo había ya recobrado su moral, aun cuando no había podido reparar sus pérdidas de gente.

Incorporado ya a la fuerza del coronel Salinas, el 26 de enero, le aconsejé que fuéramos sin pérdida de tiempo a sitiar a Oaxaca, entrando por San Felipe del Agua, para tomar el cerro de la Soledad; y obsequiada mi indicación, marchamos sobre Oaxaca a la vista del enemigo. Este procuró hostilizarnos en varias ocasiones; pero tomé a mis compañías con otra

fuerza de Oaxaca, lo rechacé y seguimos nuestra marcha ya sin novedad, y llegamos a San Felipe el 10 de febrero de 1860. Se defendió en el fortín, pero se lo tomamos el 2 de febrero, y comenzamos a sitiar la ciudad; no pudimos sitiar completamente a la ciudad porque teníamos poca fuerza, pero le hicimos un semicírculo. El sitio duró del 1º de febrero al 11 de mayo de 1860 en que lo levantamos por los motivos que después expresaré.

El 9 de marzo siguiente, estando nosotros en el fortín de la Soledad y cerros inmediatos, el enemigo hizo una salida por el barrio de China y ocupó parte del Marquesado. Como la posesión del Marquesado por el enemigo dejaba rodeada la nuestra del Fortín de la Soledad, hicimos un ataque un tanto vigoroso para desalojarlo de allí y obligarlo a volver al perímetro de la ciudad, operación que nos costó algunos soldados lo mismo que al enemigo.

Nada volvió éste en lo sucesivo a intentar sobre el Marquesado, y sus salidas por el lado opuesto u oriental de la ciudad, no tuvieron resultados prácticos de importancia, haciéndolas siempre con la caballería que era batida también por la nuestra, a la que protegíamos con la artillería situada en la altura.

A poco de haberme incorporado a las fuerzas del coronel Salinas, ocurrió un episodio que sin duda contribuyó al mal éxito del sitio que pusimos en Oaxaca: se habían suscitado algunas rivalidades entre don Marcos Pérez, gobernador interino y el coronel don Cristóbal Salinas, que contaba con algunos amigos, quienes creían que debía ocupar el Gobierno del Estado. Al saber don Marcos Pérez, que tenía cariño y especial predilección por mí, que me había incorporado a las fuerzas del coronel Salinas, mandó en comisión a Tlalixtac en donde nos encontrábamos entonces, a don Manuel Toro, quien era a la sazón tesorero del Estado y después fue Secretario de Hacienda, para que me entregara un pliego que contenía una orden en que se me prevenía que me encargara yo del mando de la fuerza, arrestara al coronel Salinas y lo mandara preso a Ixtlán en donde residía el Gobierno del Estado. No estimé prudente esa medida, porque Salinas no era un obstáculo para el buen éxito de la campaña, pues tenía gran deferencia por mí; temí además que ella dividiera a los caudillos liberales y me sentía por último avergonzado de mi derrota, por todo lo cual supliqué a don Manuel Toro que hiciera presente estas consideraciones a don Marcos Pérez para que no insistiera en su orden. No quedó satisfecho

de mi conducta don Marcos Pérez, pero tampoco insistió en su orden de aprehensión y destitución del coronel Salinas. Probablemente Salinas tuvo noticia de esto, porque lo encontré muy contrariado en la noche de ese día. Tuve una explicación personal con él y supe que efectivamente todo había llegado a su conocimiento, lo cual no impidió que siguiéramos en buena armonía durante la campaña.

Supongo que don Marcos comunicó estos sucesos al Presidente don Benito Juárez, quien creyendo que probablemente las disensiones que había entre los jefes principales del Estado, serían un obstáculo para el buen éxito de la campaña, determinó mandar un jefe extraño, y fué designado para ese objeto el general don Vicente Rosas Landa, quien se encargó del mando el 12 de febrero de 1860.

Mientras esto pasaba, nosotros seguimos ocupando las alturas inmediatas a la ciudad y preparándonos para un asalto. Para ejecutarlo nos ocupamos en construir municiones y proporcionarnos los elementos necesarios. Creo que habríamos obtenido buen éxito en ese asalto, si hubiéramos quedado entregados a nuestros propios esfuerzos e inspiraciones; pero el general Rosas Landa, que estaba acostumbrado a mandar soldados más disciplinados que nosotros y a contar con mejores elementos de los que teníamos, no aprobó nuestra conducta; le pareció que era muy peligroso ponerse tan cerca del enemigo sin los elementos necesarios para batirlo. Así es que mientras nos llegaban de Veracruz los recursos pedidos, el general Rosas Landa sólo permitió, durante tres meses, que estuviéramos tiroteando al enemigo, lo que no dió ningún resultado definitivo para ninguna de las dos fuerzas beligerantes.

Entretanto, el gobierno reaccionario establecido en México mandó para proteger a Cobos una columna compuesta de más de mil hombres a las órdenes del coronel Mariano Miramón, hermano de don Miguel Miramón que fungía de Presidente, y no pudiendo resistir a esa fuerza, determinó el general Rosas Landa, que levantáramos el campo, lo cual se verificó el 11 de mayo de 1860.⁵¹

* * *

Después de haber escrito este capítulo, recordé cinco incidentes relacionados con el segundo sitio de Oaxaca, cuando el general don Vicente Rosas Landa mandaba las fuerzas sitiadoras, y por creerlos de interés se

insertan en seguida con el propósito de incluirlos en el texto de estas Memorias, en alguna edición posterior, si ella llegare a hacerse.

*Toma de la manzana del Habitero
Abril 19 de 1860*

En los primeros días de abril de 1860, con el objeto de ganar una manzana al enemigo y de acercarnos más al convento de la Concepción, uno de sus puntos más fuertes, y sin tener órdenes del general Rosas Landa, llegué frente a la manzana que se conocía con el nombre de don Andrés el Habitero, por vivir en ella una persona que hacía hábitos de frailes y mortajas.

El enemigo tenía coronada de gente la azotea de la casa de enfrente y me hacía mucho mal, mientras que mis soldados no podían ofenderlos desde las ventanas de la casa que yo ocupaba. Esta era baja, pero tenía una pieza alta que era el pajar. En la noche subí a mi hermano con algunos soldados al pajar y le ordené hiciera troneras en dirección a la casa de enfrente, y coloqué además una fuerza sobre la azotea del pajar, protegida con sacos de tierra, que dominaba también al enemigo. Al amanecer del día siguiente, llamé la atención de éste desde las ventanas bajas de la casa que yo ocupaba, y cuando una gran parte de su fuerza estaba en la azotea, les rompió el fuego mi hermano desde el pajar y su azotea, causándoles muchas pérdidas y obligándolos a abandonar la azotea que ocupaban.

Me aproveché del desorden que esto produjo para atacar de frente la casa, y logré ocuparla, lo mismo que algunas otras de la misma manzana; pero repuesto a poco el enemigo de su sorpresa, no pude tomar toda la manzana. En la noche de ese día me ocupé de horadar una pared que resultó dar a una pieza que no estaba ocupada por el enemigo y que pertenecía a la casa contigua a la que yo ocupaba. La reconocí y mirando que no estaba defendida, saqué por ella varios soldados y puse un petardo en la puerta que comunicaba al patio de esa casa, encargando al mayor de artillería don José Antonio Gamboa, que saliera por allí con la fuerza que le designé para desalojar al enemigo. Encendido el petardo sin que nos hubiera sentido el enemigo, voló la puerta, salió el mayor Gamboa con su fuerza y mi hermano y yo lo ayudamos por la azotea de la casa

atacada, y desconcertado por completo el enemigo, abandonó la casa y quedamos en posesión completa de la manzana. Esta nos debía servir de punto de apoyo para el ataque intentado a la manzana del Hospital de San Cosme de que hablaré después.

*Ataque al convento de la Concepción
27 de abril de 1860*

Durante el sitio de Oaxaca el general Rosas Landa me ordenó que asaltara el convento de la Concepción. Como éste era un punto muy dominante, lo mismo de la plaza, que de nuestra línea de operaciones, el enemigo comprendía que una vez tomado este edificio estaba tomada la plaza, y por esa razón lo tenía muy bien defendido. Sin embargo, recibí orden de atacarlo y era preciso cumplirla.

En el ejército sitiador no teníamos ingenieros, y funcionaba como tal un teniente coronel Luévanos, que era de los oficiales que habían venido de Veracruz con el general Rosas Landa. La razón que Luévanos tenía para ocuparse del trabajo de minas, sin ser ingeniero, era que las había hecho en Guadalajara bajo la dirección de ingenieros, según me lo explicaron el general Rosas Landa y el mismo Luévanos.

Practicó tres minas sobre el convento de la Concepción, una en cada una de las esquinas noroeste y sudoeste del edificio, que es cuadrangular, y otra en el centro de ese lado del convento que ve al occidente, comprendido entre esas dos esquinas. La explosión de las minas debía abrirme brecha por donde verificar el asalto; pero las minas estallaron el 27 de abril de 1860, y no fué abierta brecha alguna, sino que desfogaron por las calles, levantando las banquetas y despidiendo las losas hacia nosotros a larga distancia. No habiéndose abierto brecha, no fué posible el asalto y en seguida el general Rosas Landa me ordenó quemara una puerta que tenía el convento frente a nosotros. La quemé, y cuando la puerta desapareció resultó una tapia de mampostería por dentro. Me ordenó entonces el general en jefe, que destruyera yo esa tapia, no a cañonazos, sino con obras de zapa, y penetrara por allí; y como la calle estaba enfilada por la trinchera del enemigo que le servía para ligar la manzana del Colegio de Niñas con la de San Felipe, con mucho peligro y perdiendo algunos hombres, puse una pequeña trinchera que defendiera mi flanco izquierdo,

por donde me atacaba la trinchera del enemigo con artillería y fusilería; y para defenderme de los proyectiles de la altura del convento, desarmé una mesa de billar que había en la manzana horadada, y bajo los fuegos del enemigo saqué el tablón de la mesa para recargarlo sobre el muro de la Concepción, y proteger a los trabajadores, de los proyectiles de la altura, formándoles una cobacha con la mesa de billar.

Se comprende desde luego, que cada operación de estas costaba hombres y obligaba a afrontar muchos peligros. No fué posible, a pesar de todo esto, hacer el ataque tal como lo había ordenado el general Rosas Landa, porque luego que una de nuestras barretas pasaba al otro lado del muro, salía la boca de un fusil por la perforación, y aunque ésta llegó a agrandarse a barretazos y palazos, el ataque fué imposible.

Rosas Landa me previno también que añadiera las escaleras del alumbrado hasta que alcanzaran hasta el coronamiento del edificio y que por allí subieran los asaltantes, cosa que tampoco fué practicable, no obstante de que se intentó a mucha costa. Por último, desistió de esta operación el general Rosas Landa, después de muchos ensayos muy peligrosos y que costaron muchas vidas.

*Toma de la manzana del Hospital de San Cosme
6 de mayo de 1860*

Por el día 4 de mayo de 1860 me ordenó el general Rosas Landa que tomara yo la manzana del Hospital de San Cosme, que quedaba entre las dos alturas del convento de la Concepción y la iglesia de San Felipe Neri, y por esa razón era muy difícil de tomar, y más aun de la manera que me lo ordenaba el general Rosas Landa, esto es atacando por la puerta del Hospital, que quedaba enfilada por las torres de San Felipe y por la calle de la Aduana, que estaba a su vez enfilada por la trinchera de la Concepción y por todas las alturas del convento. Manifesté al general Rosas Landa, que atacaría y tomaría esa manzana si me dejaba en libertad en cuanto al modo de atacarla y si me daba dos o tres días de plazo para ejecutar esa operación. El general Rosas Landa aceptó mi proposición, y sin decirle cuál era mi proyecto, practiqué una mina cuyo plan o cuya boca estaba en la tienda de Noriega, frente a la esquina noroeste de la concepción por el oriente, y frente a la Aduana por el norte. Profun-

dizado el plan convenientemente, practiqué la galería hacia la Aduana, hasta pasar los cimientos de dicho edificio y quedar dentro del salón principal de la oficina, que por respeto a los archivos no había ocupado el enemigo, y así lo entendía yo porque nunca nos hacía fuego por las ventanas de ese salón.

Al día siguiente, cuando estaba concluída la mina, terminado el plan debajo de la Aduana y teníamos ya todo preparado para dar el asalto, se supo que había llegado a Huitzo la columna del general Cuevas y el general Rosas Landa determinó levantar el sitio por lo cual no se verificó ya el asalto que estaba yo seguro tendría buen éxito, pues iba yo a atacar al enemigo del todo desprevenido.

*Auxilio enviado de México a don José M. Cobos
durante el segundo sitio de Oaxaca
11 de mayo de 1860*

Después de escrito este capítulo, recordé que la expedición que envié a Oaxaca el gobierno reaccionario establecido en la Ciudad de México, en mayo de 1860, en auxilio de don José María Cobos, cuando estaba sitiado por nuestras fuerzas a las órdenes del general Rosas Landa, no fué mandada por el coronel don Mariano Miramón, hermano del general don Miguel, que fungía entonces como presidente del partido reaccionario, sino por el general don Santiago Cuevas; y que el coronel Miramón acompañó a esa expedición como jefe de un cuerpo. La fuerza mandada por el general Cuevas, llegó a la ciudad de Oaxaca, el 11 de mayo de 1860, el mismo día cuya madrugada habíamos levantado el sitio de aquella ciudad, retirándonos para la sierra.

*El general Rosas Landa decide levantar el sitio
8 de mayo de 1860*

Cuando el general Rosas Landa tuvo noticias de que se aproximaba la columna enemiga en auxilio de la plaza, citó a una junta de jefes y oficiales, en la que propuso la retirada a la sierra. Los jefes de fuera del Estado, que acompañaban al general Rosas Landa, como el coronel Villasana,

jefe del Estado Mayor; y los tenientes coroneles Balbontin, Zenteno, Zubeldía, Errasti, Subikuski y Tabachinski, estuvieron en favor de ese movimiento, pero yo apoyado por todos los demás jefes oaxaqueños, lo contrarié decididamente y propuse que la división marchase desde luego al encuentro de la fuerza enemiga, manifestando que si la derrotábamos, esa victoria nos abriría las puertas de la ciudad, y que si éramos derrotados, sería entonces tiempo de tomar el camino de la sierra para organizar de nuevo la campaña; pero el general Rosas Landa con quien había yo tenido poco antes alguna dificultad personal, ^a no recibió bien esta indicación, y pasamos dos o tres días en agrias discusiones, dando esto por resultado que se hiciera tarde para salir al encuentro del enemigo y que no nos quedara más arbitrio que la retirada a la sierra, lo cual desagradó tanto a los jefes oaxaqueños, que si el general Rosas Landa permanece con nosotros, tal vez habría sufrido alguno violencia personal, que yo procuré evitar según referiré más adelante.^b

-
- a) Esta dificultad es la referida en el primero y segundo de los incidentes consignados en la nota que aparece en las primeras páginas de la introducción de estas Memorias.
b) Este incidente se refiere en el documento número 24 de este apéndice.